

PUBLICACIONES *Cinema*

50
CENTIMOS

STAN
LAUREL

OLIVER
HARDY

EN



un par de
GITANOS

Un par de Gitanos

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

PRODUCCIÓN DE
HAL ROACH

DIRIGIDA POR
JAMES W. HORNE



PELICULA METRO GOLDWYN.
DISTRIBUIDA POR
METRO GOLDWYN MAYER IBÉRICA
Mallorca, 201 BARCELONA

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

STAN LAUREL
OLIVER HARDY
ANTONIO MORENO
JACQUELINE WELLS
MAE BUSCH

y otros celebrados artistas

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI - BARCELONA

UN PAR DE GITANOS

ARGUMENTO DE LA PELICULA

No podía ser más radiante aquella mañana de primavera en que llegó a los dominios del príncipe de Arnheim, la carreta de los gitanos.

Mal podía el príncipe, en su parque lleno de sol y de trinos de pájaros enamorados, presagiar el triste augurio que representaba para su felicidad la llegada de aquellos seres vagabundos. El ni siquiera los vio, aunque acamparon allí cerca, en un bosque próximo a su palacio.

En aquella estación del año, cuando la tierra sonríe con todas sus gracias, tenía más seducciones que nunca la vida errante de los gitanos. Llegaron las carretas una tras otra y se fueron colocando en semicírculo bien abierto, para formar entre ellas una extensa plaza, que había de ser, en los días siguientes, el centro de la vida de aquel pueblo nómada.

Pronto empezaron a abrirse las puertas de las «roulottes». Cada una de ellas era la habitación ambulante de una familia y su interior, no exento de algún confort, estaba tapizado de telas y adornos de colores vivos a medida de la fantasía de sus habitantes.

La de la reina quedó en el centro. La reina de aquella tribu tenía el nombre poético de Estrella, y aunque era una mujer de más de cincuenta años, con el pelo gris, sus facciones curtidas por todos los vientos, conservaban los rasgos de una pasada belleza. La inteligencia vivaz y la experiencia de los años, unida a toda la sabiduría marrullera, que sus abuelos la dejaron, hacían de esta mujer la soberana indiscutible de la tribu.

Estrella tenía un hijo, un mozo fuerte y audaz, que se estaba educando para suceder a su madre en el reinado. Y si Fedor — que así se llamaba el hijo de Estrella — se educaba para ser rey de los gitanos, justo es que fuera ya el más intrépido de todos en los riesgos y aventuras. Todas las gitanillas de veinte años estaban un poco enamoradas de Fedor; pero él sólo pensaba, por ahora, en empresas que le hicieran digno del alto sitio que le esperaba...

Sólo de vez en cuando, en presencia de Azucena, experimentaba cierta turbación y usaba de audacias insospechables. Y es que esa gitana le tenía deslumbrado con sus coquetuerías turbias como el brillo de sus ojos nerviosos.

Y era únicamente con ella que se dignaba entablar algún diálogo tan vivo y elocuente que habría hecho estremecer a alguien.

Antes de acampar en aquel bello rincón de los dominios del señor de Arnheim, la pandilla gitana deliberó largamente sobre los peligros a que se exponía, pues no ignoraba que sus actividades secretas eran conocidas de todo el mundo y que si el príncipe tomaba a mal su circunstancial vecindad era capaz de hacerles encarcelar.

Alguien propuso proseguir el viaje en busca de un lugar más solitario. Al fin, sin embargo, prevaleció el criterio de quedarse al lado del palacio, pues si bien existía el peligro de verse expulsados, éste no compensaba la ventaja que les ofrecía la proximidad de tan rica mansión para sus actividades ocultas, o por decirlo sin eufemismos, para el robo de cuanto les pareciese necesario a su vida de vagabundos.

Las gitanas empezaron a sacar al sol sus trapos floreados, mientras los hombres desenganchaban las bestias de los carros para que se apacentaran en el bosque. Luego ellos se marcharon a merodear por la ciudad, buscando calderos y platos que componer, lo que constituye su oficio confesado, si bien el verdadero y tradicional sea el de aprovecharse de los descuidos y de la ingenuidad de los que no son de su raza, y que son para ellos de una raza inferior.

En el campamento sólo quedaron los viejos y los inútiles. Entre éstos estaban, no por inutilidad física precisamente, sino por insuficiencia mental, Stan y Oliverio, que no parecían seres criados al sol, entre los riesgos y dificultades

de la intemperie, sino más bien productos atrofiados de las razas que viven en casas sin ruedas, en las que es necesario trabajar mucho para comer. No se podría encontrar realmente dos gitanos menos gitanos que Stan y Oliverio. Eran en todo caso, una caricatura de gitanos. O dos caricaturas distintas; porque sus fachas sin gitanería resaltaban, además, antitéticas entre sí. Oliverio era grueso y matillón; Stan, más bajito y escurrido de carnes. Oliverio tenía el cabello negro y más bien escaso. Stan, un pelo rojizo y un flequillo palurdo. De palurdo era también la malicia primaria, que se asomaba a veces en los ojos pequeñines del mismo Stan, mientras que en los de Oliverio, muy abiertos, la mirada era dulce y bobalicona. Como andaban siempre muy unidos y eran de estatura tan diferente, realizaban el tipo perfecto de esas parejas dispares a las que suele designarse con el remoquete de «el médico y su bastón».

En este caso, el bastón tenía más inteligencia que el médico, aunque era muy poca la que reunían entre ellos.

Otra desgracia tenía Oliverio, además de ser un infeliz: estaba casado con la gitana más avispada de la tribu. Pero librenos Dios de malos pensamientos y de la menor insinuación maligna tocante a la honestidad de Azucena, que, aunque le quedaban todavía belleza y juventud para presumir donde pudieran presumir otras, vivía atada al juramento de fidelidad conyugal mientras no volvieran a juntarse los cincuenta mil pedazos del cántaro estrellado contra el suelo en la ceremonia de su boda.

Por ese lado no desmerecía de su nombre; pero ese nombre de Azucena tampoco le cuadraba del todo, si se tiene en cuenta su genio áspero y punzante, que, sin salirnos de la botánica y sin que sean ganas de molestar, le daba más semejanza con un cardo.

El pobre Oliverio sufría mucho por causa del mal genio de su mujer, que le traía zarandeado a todas horas con sus manos débiles y con su lengua suelta.

Siempre obedecía como una maritornes provinciana y se rendía a las exigencias de tan rolliza como dominadora Eva, en la creencia de que el Creador le había traído al mundo para semejante actividad.

En realidad casi toda la vida de Oliverio descollaba entre

pláticas y enredos al lado de su, nadie con más propiedad que él, inseparable compañero Stan, que, por algo, más tonto, se dejaba aplicar la autoridad que en rigor y como padre de familia su amigo estaba obligado a ejercer en el seno de su reducida familia.

Y cada vez que Azucena le ordenaba alguna actividad tan íntima e inconfesable que los mofletes del pobre y sufrido Oliverio, por más que estaban sobradamente acostumbrados a ello, no podían estarse de ruborizarse hasta el tuétano, recurría al auxilio del bienaventurado Stan.

No siempre éste respondía con las reglas de la tradicional camaradería existente entre los dos, rehusando la propuesta, y el sin par Oliverio se encontraba solo. Entonces, y sin que se recatase de ello en fuerza a la ya bien cimentada costumbre que no podría dejar jamás por mucho que hiciese, se erigía en una pintoresca mixtificación de su sexo.

Era él quien lavaba la ropa y pelaba las patatas.

Pelándolas estaba uno de aquellos días junto a la carreta, ayudado por su inseparable Stan, cuando llegó Azucena apresuradamente, increpándolos a los dos:

—¿Pero, qué hacéis ahí tan tranquilos, par de papanatas? Nunca dejaréis de ser tontos. ¿Es que no os habéis enterado de que nos vamos? ¡A enganchar los caballos! ¡Corriendo!

Stan y Oliverio miraron con extrañeza a su alrededor. Era verdad que las «roulottes» se estaban poniendo ya en movimiento.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? — preguntó Oliverio. ¿A dónde nos vamos, tan de repente?

—Ya te lo diré cuando lleguemos — le dijo su mujer por toda explicación —. Ahora muévete ligero, si no quieres que te cueguen del árbol más alto.

A pesar de sus cortas entendederas, comprendió Oliverio que alguna fechoría muy grande acababan de hacer sus compañeros y que era eso, sin duda, lo que les obligaba a levantar el vuelo tan deprisa.

Realmente, ahora recordaba que en los pocos días que llevaban siendo vecinos del palacio del poderoso príncipe, había sorprendido reiterados y sospechosos cuchicheos de su costilla, con el arrogante Fedor, así como también salidas del campamento en horas un poco difíciles de justificar.

Ello le aguijoneó tan hondamente durante los primeros momentos de la marcha, que no pudo estarse de hacer a su inefable e incomparable amigo de bellaquerías, copartícipe de sus inquietudes.

—¿No te parece raro todo eso?

—Oliverio, en el mundo hay una sola cosa rara para mí.

—¿De veras? Es la actitud de mi esposa, ¿verdad?

—No.

—Pues, ¿qué? Di — inquirió, con ansiedad, Oliverio.

—Es una cosa que te toca muy de cerca...

—¿Sí? ¡Oh, dílo!

—Tu bigote.

No es necesario que reproduzcamos la sarta de dictérios que el indignado Oliverio administró a su compinche.

Continuaron los gitanos día y noche sin detenerse hasta que se vieron fuera del principado de Arnheim. Stan y Oliverio iban en la de-antera del carro, alternando, para descanso mutuo en la tarea de llevar las bridas. Azucena, que viajaba más cómodamente en el interior, se asomaba de vez en cuando a la ventanilla y les dedicaba unas palabras fuertes, para que no se durmieran. Azucena les arreaba a ellos y ellos arreaban a los caballos.

Cuando acamparon de nuevo, estaba Oliverio desenganchándolos y vio una cosa que le dejó estupefacto...

De su propia carreta salía corriendo una chiquilla como de tres años, gozosa de verse en libertad, después de tantas horas de encierro.

Tocándose la cabeza como para convencerse de que estaba completamente despierto, Oliverio llamó a Stan.

—Oye tú, ¿eso es una niña, verdad?

—Verdaderamente se parece más a una niña que a un elefante...

—No seas idiota.

—Pues, ¿qué debe ser? — preguntó Stan con absoluta candidez, deseando trocarse en una salamandra, si tal era el deseo imperioso de su inseparable.

—Con que seas tonto me basta. Bueno, dime tu opinión de una vez: ¿es una niña, verdad?

—Pero ¿tú crees que es posible que de mi carreta pueda salir una niña?

—¡Oh! — replicó Stan, levantando las espaldas —. Depende de ti...

—Porque esto equivaldría a que yo fuese su padre, ¿verdad?

—Poco más o menos sería así, parece...

—Pero, ¿es que yo puedo ser padre? — se preguntó Oliverio, abriendo desmesuradamente sus ojillos, pasmado de sí mismo.

—¿Quién sabe? — se limitó a contestar Stan, completamente desorientado.

Oliverio alcanzó a la niña y la levantó en brazos, para verla bien.

Tenía la criatura una carita graciosa y fina; y era fino también su vestido de un corte muy diferente del de los niños de los gitanos. La niña frunció el entrecejo, no porque la asustara la cara bonachona de aquel hombre desconocido, sino porque no sabía con qué derecho la privaba de ir a correr detrás de las mariposas.

Oliverio se volvió con la chiquilla hacia la carreta, y antes de llegar, llamó con una voz a su mujer:

—¡Azucena!

—¿Qué quieres? — contestó Azucena apareciendo en la puerta.

Oliverio alargó los brazos, presentando la niña, con un gesto que quería decir: «¿Y esto...?»

Azucena contestó con otro gesto, señalando primero a la niña y después a sí misma. Aquel gesto, aunque era mudo, decía bien claramente: «¡Eso es mío!»

—¿Tuya? — preguntó Oliverio con más asombro que indignación.

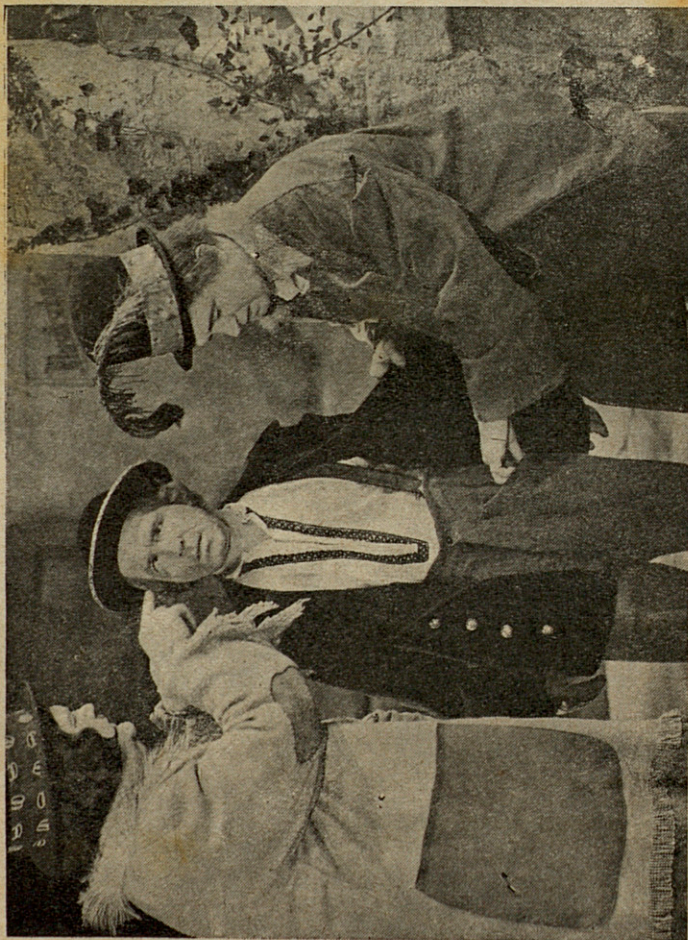
—Y tuya — contestó su mujer.

Oliverio seguía con la niña en los brazos, haciéndose un embrollo muy grande en su pobre imaginación. Azucena acarició la niña, que ya se iba asustando un poco, y le dijo, recalcando mucho las palabras:

—Este, hija mía... (Este era Oliverio) ¡Este es tu padre!



Oliverio seguía con la niña en los brazos.



Laurentino bajó una de las manos y la introdujo en el bolsillo del enamorado joven.

No estaba Oliverio acostumbrado a replicar a su mujer. Abrazó a la chiquilla, y como nunca hasta entonces había sido padre, corrió gozoso a enseñar a todos aquella hijita preciosa que le había traído la cigüeña...

II

Claro está que la hija de Azucena no había llegado por los aires. Para conocer su origen, hará falta que volvamos sobre nuestros pasos hasta regresar al palacio del príncipe de Arnheim.

Este príncipe era un hombre joven con canas prematuras en las sienes por la pesadumbre que había hecho presa en él desde que perdió a su esposa, muerta hacía ya tres años, para que viniera al mundo una preciosa niña. Esta niña, que se llamaba Arlina como su madre, era la única sonrisa de aquel palacio, por cuyos salones desiertos vagaba la sombra invisible de la que se fué y la figura atormentada del príncipe.

El día que los gitanos llegaron a las inmediaciones del palacio de Arnheim cumplía Arlina sus tres años. El príncipe hizo a su hija muchos regalos, el más precioso de los cuales era un rico medallón de oro y brillantes, que llevaba en el centro un retrato en miniatura de su madre.

Estaba la niña en el jardín con su doncella, cuando llegó el príncipe y levantando a Arlina en los brazos le dió un beso y le cogió del cuello el medallón.

Esta escena la pudo ver, desde no muy lejos el gitano Fedor, que se había encaramado a la tapia del jardín, escondido entre los árboles cubiertos de hojas. Desde aquel momento, sólo pensó Fedor en hacer pasar a sus manos el medallón de Arlina que valía una fortuna.

Toda la noche se pasó el hijo de la reina de los gitanos merodeando en las proximidades del palacio, mientras los otros se fueran a desplegar sus artes por la ciudad. También se fueron juntos Stan y Oliveiro para trabajar en comandita, si les salía al paso algún payo confiado, al que pudieran decir la buenaventura.

Su primer cuidado por las calles tenía que ser el de evitar la presencia de los vigilantes nocturnos, porque desde que los gitanos llegaron a la ciudad, los guardias estaban prevenidos y el príncipe había hecho publicar un bando muy severo, en el que se advertía que al gitano culpable del menor hurto se le administrarían veinte palos sobre las espaldas desnudas y además sería la causa de que toda la tribu fuera expulsada del principado.

Stan y Oliverio habían tenido ya que sortear en las sombras el paso de dos serenos, cuando vieron llegar en su dirección a un moza-bete, que volvía tal vez de alguna cita amorosa. Entablaron conversación con él, y, como estaba enamorado, aceptó gustoso que le dijeran su buena ventura.

Stan le apuntó a los ojos con el dedo índice de ambas manos.

—Cierre usted los ojos despacio — le decía mientras le iba acercando los dedos.

—Despacio... Despacio... — seguía diciendo con una cantinela monótona, como hacen los hipnotizadores de escenario.

Cuando ya tuvo el otro bien cerrados los ojos, Stan aconsejó con mucho interés:

—Ahora, quieto un momento... ¡No se mueva! Estoy viendo el panorama de su vida. Le veo emprender un viaje... Una mujer rubia...

Y mientras iba ensartando embustes bajó Laurentino una de las manos y la introdujo con cuidado con el bolsillo interior del enamorado mozo, aliviándolo del peso de la escarcela donde guardaba sus ahorros. Pero como los presagios que Stan le hacía eran muy halagüeños, se marchó el galán muy gozoso, sin caer en la cuenta de la burla. Todavía le regaló a Stan en pago de su trabajo unas monedas de cobre que llevaba sueltas.

Apenas el confiado diablo desapareció de la vista de nuestro par de aprovechados gitanillos, éstos se miraron en una interrogación estúpida.

—¿Has visto? — rompió al fin Oliverio, mirando con ojos ávidos la repleta escarcela que enarbolaba su amigo de penas y alegrías.

—No, yo no he visto nada; tú eres quien lo ha visto.

—Entiéndeme; me refiero a la facilidad con que se puede hacer un buen negocio.

—Lo sabía desde hace mucho tiempo.

—¿Porqué, pues, no lo habías puesto en práctica antes de ahora?

—Hinchando barrigas de burdégano y escamoteando aves de corral me bastaba — contestó con perfecta serenidad e inmovible conciencia, Stan.

—Pues, ¿sabes qué es lo que pienso?

—No lo sé.

—Que en haciendo dos operaciones diarias de esas, asunto resuelto.

Stan meneó la cabeza con superioridad.

—Hay que ser del oficio; no es tan fácil como parece a simple vista.

—Lo que fuese, mas es lo cierto que es un negocio redondito como el orbe.

Animados por resultado tan feliz, se dispusieron a continuar su faena.

—Ahora me toca a mí — dijo Oliverio viendo a un caballero de porte elegante, que estaba acodado sobre el pretil del río, mirando como la luna se reflejaba sobre el agua.

Se acercaron a él con aire humilde, y el caballero, compadecido más que interesado, aceptó también que le dijeran la buena ventura.

El gordo Oliverio levantó los dedos índices, como lo había visto hacer a Stan, hasta los entes del caballero. Porque hay que advertir que el caballero tenía lentes.

—Cierre usted los ojos despacio... despacio...

Y en el momento oportuno bajó la mano derecha y dejó los dedos de la izquierda pegados a los lentes de la víctima.

—Veo un viaje... una mujer rubia...

Oliverio repetía la cantinela aprendida, mientras rebuscaba, sin mucha suavidad, en los bolsillos del hipnotizado.

El de los lentes los retiró un poco de los ojos y se quedó contemplando con sonrisa de hombre superior, los afanes de

Oliverio. Este, con los dos dedos pegados siempre a los cristales, nada había notado y continuaba en su rebusca. En aquel momento acababa de dar con la bolsa de los doblones y se quedó extasiado contemplándola en sus manos...

Acertó a pasar un guardia nocturno, que, al ver las extrañas manipulaciones de aquellos tres hombres, se acercó a ellos en el preciso instante en que el caballero, cansado ya del juego poco divertido, arrebatava a Oliverio la bolsa, de malos modos. Ocurrió entonces que el guardia, confundido por la actitud violenta del atracado, tomó a éste por atracador y se lanzó sobre él, sujetándole los brazos con la ayuda de los otros dos, que no eran tan tontos como para no darse cuenta en seguida de la feliz equivocación.

—Es un ladrón disfrazado — decía Stan.

—¡Nos ha robado todo lo que teníamos! ¡A nosotros que somos unos pobres artistas! — gemía Oliverio.

—¡Esa bolsa es mía! — seguía diciendo —. ¡Y esa tabaquera! ¡Y esa sortija!

Y al mismo tiempo que lo decía, le iba arrebatando al otro, siempre sujeto por el guardia, los objetos que nombraba.

—¡Y el bastón es mío! — añadió Stan por llevarse también algo.

Le dejaron hasta sin bastón. Y cuando no tuvieron nada que quitarle, el guardia se llevó al infortunado caballero sin hacer caso de sus protestas.

Los dos compinches se fueron muy satisfechos a celebrar su triunfo en una taberna de otro barrio lejano. Oliverio iba tan orgulloso de su faena, que ya casi se atrevía a mirar por encima del hombro a Stan su maestro.

Los gitanos siguieron aún varios días dedicados al ejercicio de sus malas artes por aquellos alrededores. La obsesión de Fedor era el medallón de la hija del príncipe. Un día, mientras la espiaba, fué sorprendido dentro del jardín, y aunque no se encontró sobre él ningún objeto robado, los guardias del palacio, por orden del príncipe, le dieron una paliza, que le dejó las espaldas amoratadas.

Desde entonces ya no era sólo el medallón lo que obsesionaba a Fedor. Quería también vengarse del príncipe en lo que mayor dolor pudiera causarle. Ya sabía, por de pronto, que al aya de la princesita le hacía carantoñas un soldado de

la guardia del palacio y que los dos solían pasarse muy buenos ratos embelesados sin cuidarse de la niña. Siguió vigilando el jardín ayudado por Azucena, ya que él no podía acercarse demasiado desde que le sorprendieron dentro.

Una de aquellas mañanas de sol primaveral, Arlina jugaba cerca de la puerta del jardín con un conejillo blanco.

El aya leía en un libro sentada a la sombra, sin dejar de mirar de vez en cuando hacia otro ángulo del jardín, como si esperase a alguien, que tuviera que aparecer por allí. El que apareció fué su novio, y el aya corrió hacia él. Quedando los dos bastante distanciados de la niña y ocultos con todo propósito tras un alto macizo de rosales.

Fedor y Azucena, que acechaban de lejos frente a la puerta, sintieron ganas de aprovechar aquella ocasión para entrar en el jardín. Pero no les hizo falta tanto, porque la casualidad vino en su auxilio del modo más imprevisto.

Y fué que el conejillo, con el que jugaba Arlina, se le escapó de entre las manos y salió corriendo hacia el campo. Arlina corrió tras él hasta muy cerca de donde Fedor y Azucena estaban y se quedó inclinada buscándole entre unos matorrales, en los que se había escondido.

Aprovechó bien el momento Azucena y levantando la niña por la espalda, la llenó de besos y de caricias, para que no se asustara.

Arlina creyó, sin duda, que era el aya quien la cogía y se dejó llevar sin denotar la menor sorpresa.

Lo que después ocurrió ya lo sabemos; los gitanos levantaron el campamento apresuradamente. Cuando el aya se dio cuenta de la desaparición de la niña, se puso a buscarla sin advertir a nadie lo que ocurría, por temor a las iras del príncipe. Fué un tiempo que aprovecharon bien los gitanos para ponerse fuera del alcance de los que pudieran perseguirlos.

Por otra parte, no se pudo pensar en los primeros momentos que nadie se hubiera atrevido a ejecutar en pleno día aquel rapto tan audaz. Se pensó más bien que la niña se había extraviado en el campo. Buscándola por aquellas cercanías se perdieron las mejores horas.

Cuando alguien se acordó de los gitanos, ya estaban ellos muy lejos, y los ginetes que salieron en su persecución, regresaron sin haberlos podido alcanzar.

Una nueva sombra de tristeza cayó sobre el palacio y sobre el príncipe Arnheim desde aquel día.

III

Desde que llevaron a cabo el rapto de la niña, lo mismo Fedor que Azucena, llegaron a estar preocupados. Fedor había visto cumplido su deseo de vengarse del príncipe. Azucena por la sugestión que el gitano, joven y audaz ejercía sobre las mujeres de la tribu, había consentido en ser su cómplice. Ahora los dos andaban temerosos de que las autoridades de los países vecinos, puestas en antecedentes por el príncipe de Arnheim y a ruegos suyos, trataran de detenerlos y rescatar a Arina.

Fué Azucena la primera que pensó en separarse de sus compañeros. La caravana era muy numerosa y despertaba demasiada curiosidad para que pudiera pasar por ninguna parte sin ser advertida.

Pensó que si Fedor quisiera, podrían huir los dos juntos. Veladamente se lo expuso así un día, mientras mutuamente se comunicaban sus temores.

—También a mí se me había ocurrido esa idea — dijo el gitano —. Poner mucha tierra de por medio y en los países lejanos a donde nuestra caravana no llega nunca, comprar una carreta... Sería lo más seguro, naturalmente. Pero se necesita para eso bastante dinero. Yo no lo tengo. ¿Lo tienes tú?

Se acordó, entonces, Azucena de que Oliverio tenía la bolsa bien repleta como resultado de la faena que había hecho una de las noches anteriores al caballero de los lentes.

Eran monedas de oro y algunas alhajas. Las había visto ella. Decidida ya a llevar a cabo la huida se propuso apoderarse de aquel dinero, que con tanto cuidado guardaba su marido. Quedó convenida la fuga para el momento mismo en que Azucena tuviera en su poder aquel dinero.

Lo difícil ahora era burlar la vigilancia de Oliverio, que llevaba siempre consigo la bolsa y la guardaba, al acostarse, debajo de su almohada. Oliverio era un pedazo de pan en todas las ocasiones menos cuando le tocaban a su dinero.

Si la sorprendía tratando de robarle la bolsa era muy capaz de estrangularla. Si quisiera ayudarla Stan...

Azucena se acercó un día a Stan cuando éste se hallaba a la puerta de la carreta lavando la ropa en un cubo de agua.

—¡Cuánto trabajas, Stan! — le dijo —. Voy a ayudarte un poco. En realidad, eres un muchacho muy agradable, y hago mal en sermonearte tanto. Desde ahora te voy a tratar muy bien.

Y al decir esto, le pasó la mano cariñosamente por la pelambrera rojiza.

—Tienes un cabello muy suave — siguió diciendo —. Ahora veo que me equivocaba cuando te decía que parecías una panocha. Vamos a ser muy amigos. ¿No quieres que seamos muy amigos?

Stan levantó hacia Azucena sus ojillos asombrados. Allí muy cerca de los suyos, estaban los de Azucena, magnetizándole.

A la gitana, astuta y bella, no le costaba gran trabajo convertirse en demonio tentador. Stan no sabía explicarse aquel cambio. Pero, aunque fuera muy brusco su pobre alma de necio lo aceptaba sin comprenderlo; porque él, que nunca había visto en Azucena más que a su peor tirano, acababa de descubrir en ella una mujer hermosa, que estaba a su lado, envolviéndole en palabras cálidas y en promesas inefables, suficientes para anular su escasa reflexión.

—¿Por qué te asombras así? — continuó Azucena acercándose más a él —. Voy a ser muy buena contigo. Además te voy a dar una gran sorpresa. A ti y a Oliverio. Pero hace falta que tú me ayudes. Para hacer eso que pienso, necesito tener el dinero de mi marido. ¡Será un gran sorpresa... ya verás! Entra tú ahora, como si ya hubieras acabado tu labor y le coges la bolsa, que tiene debajo de la almohada. El está durmiendo la siesta y ya sabes que tiene el sueño muy pesado.

Aunque hubiera sido otra cosa de más peligro lo que Azucena le mandaba, Stan lo hubiera hecho, porque su débil voluntad era ya un juguete en manos de la perversa gitana.

—Sí, realmente es muy pesado — replicó Stan, pensando en el estacazo que caería sobre sus espaldas si su compañero llegase a despertarle en el momento de llevar a cabo la delicada operación.

—Pues, anda, ve y tráemé eso; habrá gran fiesta en el campamento.

En la sencilla cabeza del gitano se hizo una madeja de ideas a cual más turbadora. Lo que le pedía la irresistible Azucena era un crimen de lesa amistad; Stan no sabía a ciencia cierta qué cosa aproximada pudiera ser esto de lesa amistad, pero el instinto le decía que la propuesta era atentatoria contra el buen espíritu de camaradería que existía entre él y el pesado Oliverio, y esto le horrorizaba. ¿Cómo vivir sin sus tirones de orejas y sus patadas?

Por otra parte robar, mirado desde su punto de vista no era una cosa tan grave; no había recibido otra instrucción que esta. Además, si su acto había de reportar un gran beneficio a la tribu... porque la gitana le prometía un día de fiesta y jolgorio como resultado de su acción.

No le dió más vueltas. También habría sido inútil.

Stan se levantó y cogió el cubo de la ropa para entrar en la «roulotte».

—Ahora mismo te voy a traer todas las monedas de Oliverio — le dijo a Azucena.

La gitana le dedicó una sonrisa engañadora cuando ya Stan cerraba la puerta después de haber entrado.

Cuando Stan penetró en la «roulotte», Oliverio roncaba sobre un camastro. ¿Cómo iba a pensar él que aquellos ronquidos fueran de puro fingimiento? Lo eran, sin embargo, porque Oliverio, que había oído fuera la voz de Stan y de Azucena se había puesto a escuchar y había oído toda su conversación.

Sabía Oliverio de lo que era capaz su mujer y aquello de que con su dinero le iba a dar una sorpresa muy grande no le halagaba gran cosa. ¡Que se la diera con el suyo, si quería! Puesto que estaban ya enterados de que guardaba la bolsa debajo de la almohada, la sacó de allí y metiéndola dentro de un calcetín, la colgó en la parte exterior de la ventana. Luego se tendió sobre el colchón, como si estuviera profundamente dormido, y se dispuso a esperar los acontecimientos. Esperaba divertirse mucho.

Se acercó Stan y empezó a rebuscar debajo de la almohada. La levantó y la removió por todas partes sin que Oliverio dejara de roncar. Casi podría decirse que roncaba cada

vez con más fuerza. Como Stan se hallaba dispuesto a servir de cabeza las órdenes de Azucena, de cabeza se metió literalmente debajo del colchón esperando encontrar en el centro de él lo que buscaba. Tanto zarandeó a Oliverio de un lado para otro, que al cabo, le hizo caer al suelo.

—Ya podrías despertarle a uno más suavemente — dijo el buen gordinflón. Y luego se echó a reír con todas las ganas.

Pero luego se puso repentinamente serio, se levantó y cogió a Stan por las solapas.

—Ven aquí, amigo ingrato — le decía —. A mí que te he sacado del arroyo, que te he educado y te he hecho maestro en nuestra profesión... (Oliverio exageraba un poco, pero podía perdonársele en gracia a la dramática situación). ¿A mí querías tú robarme mi dinero?

—No — contestó Stan, parpadeando.

—¿Y aún lo niegas?

—Sí; me preparaba a pagarte todo el bien que me has hecho.

—¡Vaya manera de pagar un servicio, esquilmandole a uno la bolsa!

—Es que yo no buscaba la bolsa — protestó Stan.

—¿Ah, no? — inquirió Oliverio, un poco esperanzado.

—No.

—¿Pues, qué es lo que buscabas?

—El dinero.

Suerte que Stan tuvo la precaución de ponerse a cubierto de las iras de su íntimo, de lo contrario éste le destripa los cuartos delanteros.

—¿Es que no es lo mismo? — insistió con su candor bobalicón.

—El que no es el mismo eres tú.

—Yo, de ti haré una cosa — insinuó Stan con aires de trascendencia.

—¿Qué harías?

—Dejarme robar la bolsa. Según Azucena la fiesta que se nos va a dar, será algo inaudito.

Atemorizado Stan por el repentino furor, que nunca hasta entonces había visto en su amigo, se puso de rodillas a

pedirle perdón, explicando lo que le había ocurrido con Azucena.

—Ya ves como no me la habéis podido dar. Bien sabía yo lo que tramábais y por eso quité mi bolsa de la almohada. Para que te convenzas, mira donde la había puesto.

Oliverio fué hacia la ventana para coger el calcetín... y retrocedió descompuesto. ¡Se lo habían robado!

Se arrancaba el pobre gitano los cabellos, pateaba de rabia, quería estrangular a su amigo... Terminó por echarse de bruces sobre la cama.

Stan, temiendo otra reacción furiosa del compañero burlado, salió sigilosamente de la carreta.

Oliverio se daba cuenta de lo que había ocurrido. Otro más tonto que él no dejaría de comprenderlo. Y lo ocurrido era, naturalmente, que Azucena, espiando alrededor de la carreta, por ver cómo resultaba la operación de Stan, había visto el calcetín misterioso, colgado en la ventana. No tuvo más trabajo que el de levantar la mano para cogerlo.

¡Sabe Dios donde estarían ya en aquellas horas Fedor y Azucena, dueños de la bolsa de Oliverio!

Cuando en el campamento se supo la desaparición de la enamorada pareja, todas las mujeres maldecían a Azucena y aconsejaban a Oliverio que le partiera el corazón, si la encontraba alguna vez. Los hombres, al verlo pasar se sonreían...

No sentía Oliverio la fuga de su mujer, a la que temía y detestaba. Sentía únicamente la desaparición de su dinero.

Cuando se convenció de que su situación era irremediable, corrió a buscar a Arlina y la abrazó con un cariño nuevo. Y es que desde aquel momento iba a ser su padre y su madre, todo en una pieza.

IV

Quince años después de estos sucesos, la banda de gitanos volvió al principado de Arnheim.

Arlina era ya una jovencita rubia y delicada, que hacía un contraste muy notorio con sus compañeras de caravana, azabachadas y trigueñas. Vestía con los mismos trapitos que

las otras, multicolores y llenos de volantes, pero ella les daba una distinción, que en las demás no tenían. Stan y Oliverio habían llegado a adorarla. Ella les tenía siempre la carreta limpia y adornada interiormente con el mejor gusto. Además, hacía primorosas labores de mano que ellos vendían por los pueblos. Era Arlina el hada buena de aquella morada ambulante.

Cuando llegaron al principado, era invierno todavía. Acamparon en el lugar de costumbre, no lejos de palacio. Stan y Oliverio, por respeto a la joven, dormían en una tienda, que montaban todas las noches al lado de la roulotte. A la mañana siguiente de llegar, vieron al despertarse, que la gran nevada caída durante la noche, casi les había cubierto la tienda. Hasta su mismo lecho había entrado la nieve. A ellos, acostumbrados a vivir al aire libre, no les amedrentaban los rigores invernales y dejaban de buena gana las relativas comodidades de un lecho más resguardado del frío para que Arlina lo disfrutara.

Después de sacudirse la nieve, entraron en la carreta, donde la joven les tenía ya preparado el desayuno.

—¿Has dormido bien? — le preguntó Oliverio.

—Muy bien, y he tenido un sueño muy bonito. Me había convertido yo en una princesa. Vivía en un palacio muy hermoso. Tenía muchos vestidos y joyas de gran valor. Mi padre era un príncipe poderoso, que satisfacía todos mis caprichos...

—Sigue, sigue — le rogó Oliverio, entornando los párpados románticamente.

—Ese palacio era encantado y todos los caballeros, convertidos en pájaros de brillante plumaje, cantaban a mi alrededor y cuando un canto me gustaba más que los otros, con sólo decir, «te quiero ver», el ave se transformaba en el príncipe más gallardo y guapo de todos los reinos...

Oliverio lloraba de emoción, convertido en la más tierna dolorosa. ¡Qué dulce había sido el sueño de Arlina! ¿Por qué no podía convertirse en realidad? ¡Ah! Si ese sueño llegase a ser un hecho, él no quisiera vivir metamorfoseado en un pájaro como los príncipes enamorados, sino en carne y hueso, al lado de Arlina y comiendo faisanes en fuente de oro.

Porque Oliverio había llegado a querer a Arlina con toda la fuerza de su paternidad virgen, y de su bondad innegable de bienaventurado hijo del arroyo.

—...Luego — proseguía la preciosa rubita — resultaba que ese príncipe me cogía de la mano y me llevaba al altar ofreciéndome su reino, que resultaba ser el más poderoso de la tierra, pues allí las rosas que crecían en los vergeles eran de oro...

Oliverio la estaba escuchando sin pestañear; Stan, más atento al desayuno, se estaba comiendo lo suyo y lo de los otros.

—¿Y qué más — preguntó Oliverio viendo que Arlina no continuaba.

—No sé — contestó ella. —Todo lo demás lo veo como envuelto en una niebla, que no me deja ver lo que hay al otro lado. No sé, no sé lo que sigue...

—¿Te ha gustado? — preguntó Oliverio a Stan, refiriéndose a lo que acababa de contar a Arlina.

—Mucho — contestó. Pero el tragón de Stan se refería al café con leche y a los huevos cocidos, que Arlina había preparado para el desayuno. Si el cuento dura un poco más, termina Stan con la ración de los tres.

Después de levantar la mesa, Arlina se marchó a vender en la ciudad unos cestitos de mimbre trenzado, que fabricaba ella misma.

También Oliverio se dispuso a salir para merodear un poco por aquellos alrededores y reconocer los lugares, que con tanta frecuencia recorría hace años. Antes de salir le dijo a Stan:

—Ya que tú te quedas en casa, puedes ir embotellando el vino de la cuba. Pero ten cuidado, no hagas alguna tontería. ¡Y no bebas mucho!

Prometió Stan que sería serio. Oliverio le acercó las botellas que tenía que llenar y luego se marchó inflando los carrillos para silbar una musiquilla bohemia.

Una vez que se quedó solo, se dispuso Stan al trabajo con mucha formalidad. Metió en la cuba uno de los extremos del tubo de goma, que aspiró por el otro y lo aplicó luego al cuello de la botella. La primera la llenó con facilidad y hasta con limpieza.

Lo malo fué cuando quiso llenar la segunda. El creía acaso que, una vez llena la anterior, el líquido dejaría de correr hasta que la otra estuviera preparada. Pero como no fué así, sino que saltó hasta el techo un chorro de vino, Stan se quedó muy extrañado. Acudió enseguida con la otra mano y detuvo el chorro poniendo un dedo sobre la boca de la goma de envasar. Lo detuvo a medias, porque todavía se le escapaba con mucha fuerza bastante cantidad de vino por debajo del dedo. Y lo más lamentable era que de este modo tenía ocupadas las dos manos y no podía alcanzar otra botella de las que allí cerca tenía preparadas. Ensayó muchas combinaciones a cual más deplorables por libertar una de las manos, hasta que se le ocurrió meter en la boca el extremo del tubo.

El método le pareció bueno y hasta agradable, pero como se repetía cada vez que llenaba una botella, llegó a pasar en su estómago tanto vino, que le producía unas rejurgitaciones terribles, con lo que el vino se derramaba por el suelo.

Como además la vista se le iba nublando mucho, le costaba atrapar la goma y había veces que se ponía a llenar la botella por la base. La lluvia de vino que entonces le venía sobre la cara le despertaba un poco, pero, al querer desviarla, la dirigía contra los muebles y contra las paredes de la «roulotte», que se iba quedando hecha una lástima después de los sudores y el primor que en componerla había derrochado Arlina.

En estos afanes, cada vez más trágicos, estaba metido Stan, cuando Oliverio entró de regreso como una tromba. La prisa que traía se le quedó helada al ver el estado lamentable que se encontraba la habitación.

Se fué sobre Stan, dándose cuenta de lo que había pasado.

—¿Qué has hecho, pedazo de tonto? La culpa la tengo yo por encomendarte a ti estas cosas. Eres cada día más inútil.

Stan, con la goma en la boca, no podía contestarle más que con tristes hipidos. Inspiraba compasión a pesar de todo.

Oliverio le libértó de la goma.

—Esta cuenta ya la arreglaremos más tarde — le decía.
—Ahora ven, porque tenemos que arreglar otra peor.

—¿Pero adónde iba a ir el pobre Stan, tal como se encontraba? Ni oía ni veía.

Oliverio le sacudía por las solapas, como solía hacerlo en tales ocasiones hasta hacer que se balanceara la pequeña carreta:

—¡Animal! ¡Cuando tengo más necesidad de ti se te ocurre emborracharte de esta manera! ¿No sabes lo qué ocurre? ¿No lo sabes?

El borracho, con los ojos húmedos de animal manso, se dejaba sacudir impasiblemente y contestaba con la cabeza que él no sabía nada de lo que pasaba en el mundo ni siquiera de lo que le pasaba a él en aquellos momentos.

—Pues entérate de una vez: ¡A Arlina la han cogido presa! Está en un calabozo del palacio del príncipe. ¡Tenemos que salvarla!

La terrible noticia pareció despertar un poco a Stan y Oliverio aprovechó esta pequeña lucidez para llevárselo casi a rastras, como un saco medio vacío, aunque no se puede decir que no estuviera bien lleno.

V

Antes de salir adelante hará falta decir cómo fué detenida Arlina.

Al dirigirse a la ciudad para vender aquellos cestillos, fruto de su honrado trabajo, tuvo que pasar por delante del palacio de Arnheim. Estaba abierta la puerta de los jardines y era precisamente aquella puerta por donde ella, siendo pequeña, se había escapado al campo para venir a caer en manos de Azucena.

Se quedó Arlina mirando hacia el interior con extrañeza más que con curiosidad, como si aquella puerta y aquellos jardines los hubiera visto ella antes de ahora.

Como andaba, además, obsesionada con aquel sueño de palacios y príncipes que había tenido durante la noche, todo ello contribuyó a que le dieran ganas de entrarse por el jardín.

No sabía ella bien, la guerra que en el palacio del príncipe de Arnheim tenían declarada a los gitanos, con muy fundados motivos.

Estaba Arlina confiadamente mirando con atención los detalles más pequeños: aquella tapia almenada y cubierta de hiedra, aquel árbol de ancho ramaje, que daba sombra a un banco del paseo, aquella estatuita blanca de no sé qué diosa, en un recodo del camino... Todo parecía hablarla en un lenguaje conocido.

A un soldado, que en la puerta del palacio, allá a lo lejos, hacía guardia, le extrañó la curiosidad con que aquella muchacha, que había entrado en el parque sin muchos reparos, miraba todas las cosas. Y no le hubiera dado gran importancia, sin embargo, si no hubiera visto que era una gitanilla. Pero como sus vestidos característicos y aquellos cestillos de mimbre que llevaba en la mano, no dejaban lugar a dudas, avisó con precaución a unos guardias del parque, que sujetaron brutalmente a Arlina por la espalda, cuando ella estaba contemplando inocentemente a los patos del estanque.

La infeliz chiquilla se retorció entre las manos de los guardias, gritando su inocencia:

—¿Por qué me detienen ustedes? Yo no he hecho nada malo.

—Tú eres una ladrona, como todos los de tu raza — decían los guardias —. De poco te va a valer tu carita de virgen. Cuando te llenemos el cuerpo de cardenales, no se te volverá a ocurrir a entrar por aquí.

—¡Por favor, no me martiricen ustedes, que no volveré a entrar!

Pero como ni súplicas ni protestas conmovían a los guardias, la aterrorizada chiquilla se puso a llamar a voces a los suyos, como si ellos pudieran oírle y ayudarla:

—¡Tío Stan! ¡Papá...! ¡Socorro, qué me quieren matar! ¡Papá! ¡Papá!

El príncipe apareció en la puerta del palacio, al oír aquellas voces desgarradoras.

Viendo que la que las daba era una jovencita, tuvo un movimiento de compasión. Pero cuando observó que se trataba de una gitana, recobró su rostro la severidad ha-

bitual y le ensombreció el alma un recuerdo de antigua tristeza:

—Como esta muchacha sería ahora mi pequeña Arlina — pensó—. ¡Y me la robaron ellos! No, no puedo tener compasión con los hijos de esta raza de ladrones.

Y luego, dirigiéndose a los guardias, ordenó:

—Metedla en el calabozo; ya veremos lo que conviene hacer con ella.

Arlina iba a pagar culpas que ella no había cometido. Al oír su sentencia, se puso a gritar otra vez, suplicando clemencia con las manos cruzadas.

El príncipe no se dejó ablandar y los guardias se la llevaron.

La pobre Arlina iba gritando todavía:

—¡Tío Stan! ¡Papá! ¡Socorredme! ¡Papá, papá!

Oliverio, que había salido del campamento poco después que Arlina, y seguía el mismo camino, oyó los gritos de su hija adoptiva desde fuera del jardín y corrió hacia la entrada con tiempo para presenciar todavía la última parte de la escena que aquí queda descrita.

Su consternación no tuvo límites al ver a Arlina materialmente arrastrada por los guardias. Hubiera querido entrar para quitársela de entre las manos, pero además de que eso hubiera sido imposible, le detendrían a él también, con lo que la situación se empeoraba. Estaba seguro Oliverio de que a Arlina, incapaz de cometer el más pequeño hurto, la habrían detenido nada más que por ser gitana, y atreverse a entrar inocentemente al jardín. Valía más reflexionar para librarla de cualquier castigo que quisieran imponerle y salir después, huyendo, como hacía quince años, de las cercanías de aquel palacio maldito.

Por eso Oliverio llegó de aquella manera repentina en busca de Stan, y de ahí su rabia cuando le encontró en aquel estado de idiotez, que unida a la que naturalmente poseía, le hacía incapaz de toda reflexión.



Azucena, por la sugestión que el gitano ejercía sobre ella, había consentido en ser su cómplice.



— ¡Animal! ¡Cuando tengo más necesidad de ti, te emborrachas de esta manera!

VI

Oliverio hizo todo lo posible durante el resto del día para disipar las nieblas de la embriaguez que oscurecía el estrecho cerebro de su compañero.

Se daba cuenta de que con semejante refuerzo bien poco podría hacer para salvar a su amada Arlina. Sin embargo, la fuerza de su sentimiento, dominaba cualquier duda que le sugirieran las dificultades que le rodeaban.

Arlina antes que nada, y ello pasando por encima de cien cadáveres si la lucha lo obligaba.

Pasó todo el día sin comer, como poseído de una fiebre furiosa, rondando el castillo. Escudriñaba el jardín, oteaba las ventanas con la ilusión de poder descubrir algún rastro de su amada ahijada.

El bebido Stan se le dormía en los brazos, por así decirlo. Sólo de vez en cuando lograba reanimarle, administrándole algún sopapo que sacudía la cabeza del inefable gitanillo, como si se tratase de una fruta madura en su seco pedúnculo.

¡Cuánto tarda en hacerse de noche!

—¡Despierta, eh, tú, Stan, despierta que te necesitare pronto! — no cesaba de deslizar al oído de su compañero.

Mas éste, sólo correspondía a su inquietud, tan humana, con hipo y monosílabos que apestaban a digestión de alcohol.

En cuanto anocheció, escalaron ambos los muros del jardín y esperaron, escondidos, a que alguien entrara dentro de la parte de fortaleza destinada a prisión, para entrar detrás de él.

Esa ocasión se les ofreció pronto, cuando un piquete de soldados, marcialmente formados, llegó para hacer el relevo de la guardia.

Como avanzaban entre toques de corneta, no podían oír los pasos de dos hombres, amparados en las sombras, que avanzaban detrás de ellos. De esta manera tan sencilla,

que sólo a dos tontos podría ocurrírseles y resultarles bien, penetraron en la prisión, Stan y Oliverio. Tuvieron, además, la suerte de divisar enseguida a Arlina a través de unos barrotes, que eran los de su calabozo. Fué ella más bien la que los divisó a ellos en la mediana luz de los corredores mal alumbrados y les hizo señas con la mano para que se acercaran.

La emoción del encuentro estuvo a punto de malograr su estupenda aventura, porque allí cerca, sentado en un banco y con la cara metida dentro del cuello de su capote, dormitaba un carcelero, al que ellos no habían visto. Arlina se lo hizo notar en voz baja y les señaló el manojo de llaves, que el carcelero, al dormirse, había dejado encima del banco.

—Si lográis apoderaros de él, podréis abrir y libertarme.

—¡Ya lo creo que lo lograremos! — aseguró Oliverio.

Y volviéndose hacia su amigo, buscó su aprobación. Mas Stan no podía hacer otra cosa que cabecear, adormilado, y cometer otros excesos propios del caso y muy a propósito para despertar al carcelero y echarlo todo a perder.

—¿Cuándo habrás vaciado esos vapores? — gritó, con la desesperación de Arlina, que les apremió:

—¡Por Dios, id pronto por las llaves, o estamos perdidos!

Oliverio, que tratándose de un hombre dormido se sentía el más valiente, avanzó unos pasos hacia el carcelero. En el mismo momento, aquél se removió para exhalar un ronquido más sonoro, y nuestro héroe retrocedió unos pasos. Eran momentos de gran emoción. Si Oliverio sentía retirarse la acometividad y el arrojo, ¿quién atacaría allí?

Al fin se revistió de valor y volvió a avanzar, mientras Stan no atinaba a hacer otra cosa que sentarse, como si se encontrase en el mejor y más seguro de los mundos.

Se acercó Oliverio con toda precaución al hombre dormido y le quitó las llaves. Pero eran tantas las que había en el manojo, que no resultaba fácil saber cuál era la que correspondía a la puerta del calabozo de Arlina.

No había más remedio que probarlas, una por una...

Arlina se inquietaba dentro, oyendo el ruido que hacían las llaves en la cerradura. A través de sus rejas espiaba cualquier movimiento de fuera, con el oído en la puerta y los ojos en el carcelero. Muy fuerte tenía que ser el sueño de aquel hombre, para que no se despertara con el ruido de las llaves torpemente manejadas.

Se despertó al fin, bien fuera por el ruido o porque le llegó la hora de despertarse, y restregándose los ojos, se acercó a aquellos dos tipos extraños, que trataban de abrir la puerta de Arlina. Pero lo estaban haciendo con tanta tranquilidad y era tan difícil normalmente llegar hasta allí a cualquiera que no tuviera autoridad para ello, que el guardián pudo pensar tal vez que se trataba de personas autorizadas de la prisión o del palacio.

Se acercó para reconocerlos a la luz del farol, y entonces Stan, bien fuera por la embriaguez de tantas emociones o por la del vino, que le durara todavía, cogió con toda tranquilidad el farol de manos del carcelero y se puso a alumbrar la cerradura, para que Oliverio trabajara más cómodamente. La misma naturalidad con que lo hizo, desconcertó al guardián, que les preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Necesitamos luz — explicó Stan, tartamudeando, y con esa frescura que un ser normal sólo puede usar en las circunstancias más indiferentes del mundo.

—Lo he supuesto.

—Puede retirarse — prosiguió Stan, sin dejar de alumbrar a su amigo.

—No puedo hacerlo hasta después de que ustedes hayan terminado.

—Pues tiene para rato. Le aconsejo que se vaya, pues luego tendrá un disgusto.

—Insisto en que no puedo.

—Pues siéntese — le invitó el gitanillo, como si se encontrase en su propia casa.

Verdaderamente el espectáculo era una preciosidad. El

carcelero hasta se llegó a interesar en el éxito de Oliverio, que no daba pie con bola entre tanto hierro. Supuso que serían los confesores, o los abogados de la prisionera, y seguramente muy afectos y próximos del señor de la casa, cuando habían logrado penetrar en los compartimientos absolutamente vedados a los extraños. Con una buena fe, digna de un perfecto necio, estuvo contemplando la operación, hasta que se abrió la puerta y vio que Arlina se disponía a marcharse tras ellos.

Aquello superaba ya todas las osadías, y el carcelero se interpuso entre Arlina y los dos hombres que pretendían libertarla. Trataron Oliverio y Stan de arrollarle y de taparle la boca, para que no gritara. Pero había gritado ya, y sus gritos atrajeron a varios soldados...

De nada valió que Stan diera una patada al farol del guardia, que había quedado en el suelo para intentar todavía escaparse a favor de la oscuridad. Todas las puertas quedaron cerradas apresuradamente. Cuando alguien encendió de nuevo la luz, Arlina y sus dos amigos no tuvieron más remedio que entregarse.

El preboste no salía en sí de su asombro.

—¿A qué habéis venido aquí? — rugía, enarbolando el puño amenazante.

Stan, ya algo más escardecido de sésos, aunque botarate como siempre, exclamó:

—Hemos venido para hacerle una pregunta tan importante, que de su contestación depende la vida de dos personas.

El preboste redondeó sus ojos. Stan había logrado excitarle la curiosidad.

—¿De qué se trata?

Todos los presentes se apretujaron alrededor de la sin par pareja, y el mismo Oliverio aguzó sus oídos con expectación.

—Se trataba de preguntarle si libertar a un preso de la prisión se castiga con la muerte.

—¡No tardarás en saberlo, idiota! — bramó el preboste, decepcionado.

—Pero, es que nos habría interesado antes de ahora; le hemos buscado por todas partes para preguntárselo, y al no encontrarle, hemos decidido hacer la prueba.

—Pues prepárense a sentir la otra — les amenazó el preboste.

—Es que nos hemos jugado treinta maravedís en la apuesta — protestó Stan.

—Os daré a vosotros treinta latigazos. No podréis quejaros; y a esa, cuarenta, por haberos inducido a semejante apuesta.

Al oír esta sentencia, Arlina se echó a llorar e increpó duramente a su verdugo. No sentía tanto el castigo por ella, cuanto por sus buenos amigos, a uno de los cuales titulaba padre y al otro tío.

El preboste, un verdadero energúmeno, se propuso castigar a la muchacha, a la que acusó de haber inducido a aquel par de burdéganos a cometer semejante audacia. Al efecto, dispuso que, mientras se encerraba a Stan y Oliverio, se preparase la tortura para ella a la que destinaba el honor, bien triste por cierto, de ser la primera en gustar el acibarado sabor de los vergajazos.

Arlina, pese a las protestas desgarradas de Stan y Oliverio, fué conducida al subterráneo de la tortura y atada al poste macabro.

El preboste quería actuar por su cuenta en este asunto para eludir las iras de su señor que estallarían como una tempestad si llegaba a enterarse de lo ocurrido. A pesar de todos sus esfuerzos, la noticia llegó hasta las habitaciones del príncipe, y el mismo se presentó en la cámara de los tormentos en el preciso instante en que los soldados desgarraban a jirones los vestidos de Arlina para aplicarle la tanda de azotes, que era el castigo que se le había impuesto.

En el cuello de Arlina apareció un medallón pendiente de una cadena de oro. Los soldados se lo arrancaron tam-

bién y le tiraron al suelo. El príncipe, sin tiempo para impedirlo, lo recogió con sus propias manos y se quedó absorto, mirándole.

Este medallón, ¡cuántas cosas dulces y remotas le recordaba! Detalló su efigie. Un sudor intenso le cubrió la frente.

No cabía duda, era el que hacía años había colocado él mismo en el cuello de su amada hijita. Miró a la gitana con sus grandes ojos asombrados y tristes. Arlina tenía los años que su hija, si es que era viva, contaría ahora. ¿Era posible que esta gitana, desaharrapada, que esta joven venida no se sabe de dónde, fuese su hija?

—¡Alto! — ordenó a los soldados, que tenían ya los látigos en la mano —. ¡Soltad en seguida las ligaduras de esta joven!

Los soldados obedecieron, y el príncipe tomó a Arlina por las manos y la preguntó atropelladamente, porque tenía prisa de saber la verdad:

—¿Quién eres tú? ¿Por qué has entrado aquí? ¿Cómo te llamas? ¿Quién te puso al cuello esta medalla?

Arlina no sabía cómo contestar a tantas preguntas. El príncipe la hizo calmarse y fué contestándolas una por una. A la que no podía contestar era a la última. Ella no sabía quien le había puesto al cuello aquella medalla. Recordaba haberla llevado siempre.

Eso era lo que el príncipe deseaba saber. Era él quien había puesto aquella medalla con el retrato de su esposa en el cuello de su hijita, cuando era muy pequeña. Si Arlina recordaba haberla llevado siempre no tenía más que preguntar.

—¡Hija mía! — exclamó abrazando a Arlina, entre lágrimas de felicidad —. Eres mi hija, la que creí perdida para siempre y que Dios ha querido hoy volver a mis brazos. Gracias, Dios mío, porque, al fin, te has apiadado de mi dolor.

Arlina se acordó de su sueño de la noche anterior, que también veía cumplido en aquel momento del modo que menos hubiera podido pensar.

Lloró también de felicidad entre los brazos del príncipe; pero tanta dicha no hizo que se olvidara de sus buenos amigos. Acaso en aquel momento estaban sufriendo el castigo impuesto porque quisieron salvarla a ella.

—Mandad que pongan en libertad a esos dos hombres — pidió a su padre —. Son dos seres inofensivos y mis amigos mejores. Me han tratado siempre bien y me quieren como si de verdad fuera su hija. Son buenos. Te pido que no me separes de ellos nunca.

El príncipe concedió a Arlina todo lo que pedía. La experiencia de la miseria adquirida por Arlina en su vida de vagabunda, le valió para ser una princesa bondadosa y caritativa.

Cuando el encargado de comunicar a los dos gitanos la feliz noticia, penetró en la ergástula en que el preboste les había encerrado, el látigo del verdugo se levantaba ya sobre sus espaldas desnudas.

—Por orden de nuestro señor, queda suspendida la ejecución del castigo — dijo en medio de la expectación general y la sorpresa particular de nuestro par de bobalicones.

Pero la noticia que había de dejarles turulatos, era la siguiente:

—Y también por orden expresa del señor, quedan nombrados afectos a la guardia particular de Arlina, nuestra princesa.

Stan y Oliverio se miraron y hubieron de restregarse los ojos con cierto deslumbramiento, para cerciorarse de que todas estas palabras no obedecían a la circunstancia de ningún sueño.

—¡El cuento de esta mañana! — pudo articular, al fin, Oliverio, tragando la emoción que le anudaba la garganta —. ¿Te acuerdas?

Stan caviló un segundo; no atinó a reproducir más que la cantidad de huevos que se había comido, mientras la hermosa soñadora Arlina contaba a su ex papá, el dulce y encantado sueño que tuviera durante aquella noche, y contestó llanamente:

—Sí, me acuerdo; eran muy buenos...

Inmediatamente fueron desatados y objeto de ceremonias reverencias. Horas después, vestían elegantes casacas y calzones, en el interior de los cuales pesaban sendas escarcelas llenas de maravedís, obtenidos, por primera vez en su vida, con la honradez que proporciona el trabajo.

Habían sido destinados a la guardia particular de Arlina, empleo que les hizo renunciar definitivamente a la vida errante de su tribu y a los azares de una existencia desigual y cargada de zozobras.

De Azucena ni se acordaron, ni les llegó jamás noticia alguna que pudiera enturbiarles su vida de grandes magnates. Era de suponer que, en compañía de su amante, había hallado los peores sufrimientos que traen aparejados siempre la ociosidad y la delincuencia.

De la felicidad de Arlina, al ver perennemente a su lado a sus dos buenos y amados amigos, no es necesario hablar. ¡Qué dulce hallaba la realidad de aquel sueño de cuento de hadas!

Stan y Oliverio fueron siempre los guardianes más fieles. Y estando ellos allí para servirla y adorarla, como siempre, poco miedo había que tener ya de los gitanos.

F I N

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
 * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
 * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
 * — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Egghert y Jan Kiepura.
 * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
 * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
 * — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
 — 8. *La tumba india*, por La Jana.
 * — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
 * — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
 * — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
 — 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
 * — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
 — 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 — 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
 — 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
 — 17. *Baile en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
 — 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
 — 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn.
 — 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
 — 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 — 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
 — 23. *Caballería ligera*, por Marika Röck y Fritz Kampers.
 — 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
 — 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
 — 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
 — 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
 — 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 — 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
 — 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
 — 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwicke.
 — 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
 — 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
 — 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
 — 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
 — 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.

* Agotadas.

En preparación

LA VOZ SEDUCTORA, interpretada por
 MARTHA EGGHERT y PAUL HARTMANN

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA



N.º 37